

tencionalidad de la conciencia se apoya en la intencionalidad del ser mismo. Uno de los asistentes al Coloquio Fenomenológico ha hecho esta observación acertadamente:

«Es la intencionalidad del ser mismo, el cual, en su surgir orientado, es el primero y absoluto autor que pueda producirse, la primera fuente de donde pueda proceder todo lo que sea conciencia o vida intencional»².

Nuestra conclusión es que, entre la *psicología* generalmente llamada *experimental* y la *psicología propiamente racional*, existe un plano psicológico intermedio, la *psicología del conocimiento intelectual inmediato*, que tiene como campo el análisis de nuestras experiencias psicológicas, cognoscitivas, volitivas y afectivas; que en este campo se dan la mano, con el mismo derecho, la psicología, la fenomenología, la ontología y la metafísica; y que este plano es el más fecundo para la experiencia filosófica del hombre.

² MAX MÜLLER, *Crise de la Métaphysique*, p. 115. Desclée, De Brouwer, París, 1953.

El pensamiento filosófico venezolano en los siglos XVII y XVIII

Por ISMAEL QUILES, S. I. — San Miguel

El Dr. Juan David García Bacca ha publicado una *Antología del Pensamiento Filosófico Venezolano (Siglos XVII y XVIII)*¹. Es una contribución valiosa al movimiento de revalorización de la filosofía en la época hispánica americana que se viene observando en estos últimos años. Aquella filosofía que, durante el siglo pasado y en los primeros decenios del presente, se consideraba como carente de interés, sin que nadie se dignara mencionarla (en gran parte porque no se la conocía), va recobrando ahora su puesto propio, merced a estudios recientes sobre las personas y las obras, que demuestran cierta originalidad de pensamiento y, en todo caso, un trabajo serio y disciplinado en el conocimiento y exposición de la filosofía y la teología escolásticas. En este movimiento podemos citar, ante todo, al R. P. Guillermo Furlong, S. I., quien en la región del Río de la Plata realizó interesantes estudios sobre el tema; nosotros mismos estamos interesados en esta dirección. En Méjico debe nombrarse al Dr. Oswaldo Robles. En Perú al historiador R. P. Vargas Ugarte S. I. Ahora sumamos a los estudiosos de la filosofía del período hispánico en América al Dr. Juan David García Bacca, con un aporte de verdadero valor para el conocimiento del pensamiento filosófico venezolano, área no estudiada hasta el presente.

Los autores, cuyos textos se han seleccionado y traducido en la presente Antología, son venezolanos o relacionados con el actual territorio de Venezuela. Por cierta coincidencia, casi todos ellos son franciscanos escotistas: Fray Alonso Briceño; Fray Agustín de Quevedo y Villegas; Fray Tomás Valero; Fray Antonio Navarrete; a ellos agrega el selector otro nombre de un laico español, que visitó la tierra venezolana a principios del siglo XVIII: Salvador José Mañer.

Para cada uno de estos autores ha preparado G. B. sendos *Prólogos históricos*, en los cuales reúne los datos escasos que, avaramente, nos da la historia.

¹ JUAN DAVID GARCÍA BACCA, *Antología del Pensamiento Filosófico Venezolano (Siglos XVII y XVIII)*. Introducciones sistemáticas y prólogos históricos. Selección de textos y traducción del latín al castellano (16 x 23; 522 págs.). Biblioteca venezolana de cultura. Colección «Andrés Bello». Ediciones del Ministerio de Educación. Dirección de Cultura y Bellas Artes. Caracas, 1954.

Esta, en general, no es muy pródiga para con los filósofos de nuestro período hispánico. Por eso es tanto más apreciable toda referencia que sobre ellos pueda concretarse. La figura de Fray Alonso Briceño es ya muy conocida entre los que se han ocupado de la historia de la Filosofía mal llamada colonial. En cambio, los nombres de Quevedo y Villegas, Valero y Navarrete no los habíamos visto citados hasta ahora. Esta antología tiene, tratándose de ellos, una originalidad particular.

Además de los *Prólogos históricos*, el Dr. G. B. ha tomado también sobre sí un concienzudo trabajo, redactando *Introducciones sistemáticas* a cada uno de los autores, con el objeto de preparar al lector para la comprensión de los textos escolásticos, que de suyo resultan poco inteligibles a quienes no están acostumbrados a su terminología y problemática. La finalidad de estas introducciones es, por tanto, muy laudable, y están hechas de asiento. Asimismo, tiene peculiar interés el introductor en mostrar la conexión entre el pensamiento y los problemas de estos escotistas y la filosofía de nuestro tiempo. Ve coincidencia de preocupaciones y aun de espíritu, que trata explícitamente de subrayar:

«Recordemos que el caudal de la filosofía medieval que pasa y aun parte de Escoto y su escuela, es el que, tras más o menos vueltas y meandros, ha llegado, y aun dirigido, la filosofía moderna. Escoto influye poderosamente en el Cardenal Dominico Cayetano; decisivamente en Suárez; Suárez en Descartes y, por éste, en Espinoza, Leibniz, Kant... y estamos en nuestros días» (p. 13).

Más aún, la vinculación se extiende hasta el horizonte existencialista actual:

«Colocados, pues, en los grandes temas de la filosofía moderna, inclusive en la temática existencialista, y mirando retrospectivamente hacia Briceño, Quevedo Villegas y Valero, la selección quedaba hecha. Temas como esencia y existencia, principio de individuación, unidad, identidad real y formal, concreción, eran, sin más, atraídos por el imán de la filosofía moderna; aún más, el modo como Escoto y los escotistas venezolanos tratan los temas lleva directamente a su planteamiento existencialista» (p. 13).

Nos parece de sumo interés esta conexión de los escotistas venezolanos con el pensamiento de hoy, inclusive con el existencialismo. Nosotros mismos hemos subrayado más de una vez los antecedentes que éste tiene en ciertos temas de la filosofía escolástica, particularmente en Escoto y en Suárez, que han valorizado lo individual y concreto más que la escuela tomista, y se han aproximado a un realismo más completo, suprimiendo ciertas abstracciones y distinciones que no parecen responder a la experiencia real. Sin embargo, creemos que G. B. ha llevado las conexiones lógicas entre el pensamiento de los escotistas venezolanos y la filosofía moderna más allá de lo que la lógica misma exige o permite. Varias de las ilaciones están, a nuestro parecer, desenfocadas, y no pueden responder al auténtico pensamiento de los escolásticos en la época hispánica, que se está analizando. Así, por ejemplo, en la Introducción a Briceño, no podemos comprender la discriminación que hace entre el orden natural y el orden sobrenatural en lo que atañe al planteamiento de la distinción entre esencia y existencia. Según G. B., en un planteamiento puramente filosófico, cual es el que se propondrían Escoto, Ockam, Briceño, Suárez..., en que la metafísica dejaría de ser tratada «como esclava de la teología», no puede admitirse la distinción real entre esencia y existencia; en cambio, S. To-

más, por haberse situado no en el plano puramente filosófico y natural, sino en el sobrenatural y teológico, apoyado en el concepto de creación, se habría visto obligado a afirmar la distinción real (p. 32-33). Creemos que este problema es enfocado desde el mismo punto de vista por una y otra escuela, influyendo igualmente el pensamiento griego y el cristiano. Hasta cierto punto, el concepto de «creación» gravita más decididamente en Escoto y en Suárez que en S. Tomás. Para Suárez, por ejemplo, la verdadera razón de la limitación se halla precisamente en que la existencia es «recibida de otro». No creemos que ningún filósofo escolástico admita la idea propuesta por G. B. de que «la existencia pertenece al orden sobrenatural» (p. 35-40). Tanto el orden de las esencias como el de la existencia, se halla, para todos los escolásticos, dentro del orden de la naturaleza.

Menos apropiado nos parece todavía el enlace que, en la misma Introducción a Briceño, trata de buscar con el existencialismo extremo de nuestros días (Sartre), atribuyendo a aquél algunos antecedentes lógicos, y aun la afirmación de que la existencia, identificada con la esencia realmente, le da a ésta una independencia de la causa primera. Cuando Briceño dice que la esencia, «salida ya de su inclusión en la eminencia de las causas, y prescindiendo de cualquier otra cosa realmente distinta, tiene eso mismo de no estar bajo el poder de las causas, como es claro por los términos mismos», no pretende decir que la esencia existente sea en todo independiente de la causa primera, pues supone que la esencia, identificada con la existencia, ha partido eficientemente de aquélla y sigue siendo conservada. El hecho de que la esencia sea de por sí su acto entitativo, su actualidad participal, no indica que se tenga como no-creada, no-producida, no-dependiente, sino que lo que es, lo es por su entidad recibida directamente de Dios, y no en virtud de otra entidad o actualidad distinta de sí misma. En una palabra, la existencia, que es la propia actualidad, para todos los escotistas y para Suárez, es recibida, creada, dependiente. En consecuencia, no se le puede dar a este texto el sentido que le otorga G. B., haciéndolo coincidir con el de Sartre, para quien la esencia o la existencia llega a «tomar su ser sobre sí, independizarse del Creador, cerrarse sobre sí, recobrase» (p. 42-43).

Tampoco nos parece exacta la aproximación entre Briceño y Sartre, en torno a la posibilidad y su fundamento. G. B. ve nada menos que el pensamiento sartriano —la existencia es anterior a la esencia— en los textos de Briceño, quien está repitiendo todo lo contrario. El mismo texto aducido por G. B. no expresa tal idea. Briceño dice:

«La existencia, antes de que exista, no repugna al que exista; pero negamos que de ello se pueda concluir que la existencia sea formalmente ente posible o en potencia, aunque sea ella lo connotado por la posibilidad de la esencia; porque la no-repugnancia a existir, que sigue al concepto de existencia, no es por modo de acto primero o de potencia contraíble, sino por modo de acto segundo y de forma contrayente. De donde resulta que la existencia, antes de que esté producida, no es esencialmente ente posible, ya que la potencialidad del ser no consiste en una no repugnancia cualquiera a ser, sino en la que es por modo de ente en potencia, en cuanto contraíble por un acto entitativo y existencial, y no por modo de acto último positivo, contrayente a posición la posibilidad de la esencia» (citado por G. B. en p. 44; correspondiente al Art. IV de la *Disputación Metafísica sobre la esencia y la existencia*).

Lo que quiere significar Briceño en este texto no es que la posibilidad sea posterior a la existencia ni que la esencia, en cuanto ser posible, esté condicionada por la existencia, sino simplemente que entre el ente posible o en potencia, que es la esencia, y el actual ejercicio de la existencia, no puede intercarse una nueva posibilidad, una nueva forma que dé a la esencia el ser posible, o una nueva forma que fuera la posibilidad de la existencia (distinta de la posibilidad de la esencia), «por modo de acto primero o de potencia contraíble». Es cierto que Briceño niega que la no-repugnancia a existir sea un acto primero o potencia contraíble, sino más bien acto segundo y forma contrayente, pero debe observarse que esta «no-repugnancia a existir» no constituye al ente posible simplemente hablando, sino que acompaña tanto al ente posible como al ente actual, porque de ambos se puede decir que no repugna que exista. Esta no-repugnancia a existir acompaña a la existencia como una especie de acto segundo o no contrayente, pero no constituye lo más formal de la posibilidad, la cual consiste en la no-repugnancia a existir juntamente con la negación del mismo y propio acto segundo de existir, todo lo cual constituye al ser en potencia. Briceño claramente afirma que el ente posible (la esencia) es anterior a la existencia, y repetidas veces. Véase cómo distingue las dos negaciones del ser en potencia y cómo señala cuál es la característica que constituye al ser en estado de potencia:

«lo posible, en cuanto ser en potencia, importa doble negación: la negación de no-repugnancia a existir, y la negación del mismo y propio acto de existir; de donde resulta que, al sobrevenir la existencia, solamente desaparece la segunda negación, que es la que constituye el ser en estado de potencia, pero no se quita la primera negación de no-repugnancia a existir; ya que lo que formal y propiamente existe, no repugna que exista, lo que es evidentísimo». (*Disputación metafísica sobre la esencia y la existencia creadas*, Art. IV, n. 22, en la selección y versión de G. B., p. 94).

Y, a continuación, repite que la esencia, como tal, constituye ya el «ente posible», cuando todavía no existe o no ha recibido el acto de existir:

«O bien la existencia consiste en el actual ejercicio de posición, o que no se distingue del concepto mismo de ente posible, en cuanto posible; lo que es totalmente absurdo, ya que ente en acto y ente en potencia dividen al ente como dos miembros concluyentes y totales» (*Ibid.* p. 94).

Donde claramente afirma que debemos distinguir, por una parte, la «existencia» como actual ejercicio de la posición y, por otra, el «ente posible» en cuanto posible. Pero la posibilidad se halla precisamente de parte de la esencia, la cual es el ente posible:

«La esencia, en fuerza de su propio concepto, o implica la referencia formal a su posibilidad de existir, o no; si no, luego la esencia, en cuanto esencia, y en cuanto que implica la conexión entre los predicados esenciales, no es formalmente posible respecto de existir; lo que es absurdo, ya que animal racional, en cuanto tal, dice respecto a una existencia potencial o a la no-repugnancia a existir, sin que se interponga otro concepto alguno entre esencia posible y ejercicio actual del existir» (*Ibid.* p. 94).

Lo que quiere excluir Briceño es que, entre la posibilidad propia de la esencia y el ejercicio actual de la existencia, se interponga una posibilidad ajena a la esencia y propia sola de la existencia. Por eso afirma que no hay un pri-

mer acto de la existencia antes de que esté producida, que la existencia no es ente posible, por cuanto el ente posible es la esencia misma. La repetición de la idea es casi excesiva en Briceño:

la esencia tiene no solamente una aptitud (posibilidad) «fundamental», sino «formal». Las creaturas que nunca han existido tienen posibilidad formal de existir: lo contrario «va contra la mente de todos los teólogos» (*Ibid.*, p. 95); entre la esencia en cuanto quiddidad de la cosa y el ejercicio actual de la existencia no es posible que se interponga otra forma o cuasi forma, que sería el acto existencial posible (*Ibid.*, p. 96); el ser que pasa de la no-existencia a la existencia es solamente la esencia, porque la existencia no es la que da tal paso (*Ibid.*) etc., etc.

Así que en manera alguna nos parece pueda atribuirse a Briceño la idea de que la posibilidad no precede a la realidad, sino que la sigue (p. 44), ni siquiera respecto de la existencia abstractamente considerada. En este punto, Sartre no es hijo, ni natural, en verdadera lógica, de Briceño, como ni de Escoto, ni de Suárez, aun marginando consideraciones a la moral y a la fe.

En consecuencia, no es posible admitir la conclusión de las páginas 46-47:

«En la ontología escotista, y existencialista —en F. Mayron (m. 1325), en Briceño—, la existencia no es posible antes de ser real; y como se identifica con la esencia, el ser real no es posible antes de ser real. La discontinuidad es completa. Y podemos hablar tomando el ejemplo de la física moderna, de salto óptico».

El raciocinio nos parece que no concluye. Prescindiendo de la comparación con la física moderna, y de si en ella existen o no esos saltos (cosa que todavía es cuestionable), ciertamente el argumento sobre Briceño y los escotistas no se puede construir como lo hace G. B. Podríamos decir mejor: la esencia, según los escotistas, es posible antes de ser real; y como se identifica con la existencia, el ser real es posible antes de ser real, y en ese caso no hay salto óptico, sino el paso normal de la posibilidad a la realidad. La posibilidad de la existencia no es otra que la posibilidad de la esencia misma. Este creemos ser el verdadero pensamiento de Briceño, que no tiene conexión alguna con el existencialismo. Dejando otros textos, nos dirá:

«lo que es ente en potencia, o posible de existir, no es la existencia sino la esencia, ya que la posibilidad connota propiamente la posibilidad de la esencia...» (p. 96).

Y, a mayor abundamiento, nos habla de los ángeles posibles, que no han existido ni existirán nunca, donde la posibilidad es evidentemente anterior a la existencia actual; y nos dirá que «las creaturas que nunca existirán», tienen su «posibilidad formal de existir», lo que evidentemente niega la consecuencia que quiere sacar G. B., cuando concluye que, según Briceño, *el ser real no es posible antes de ser real*.

Hemos insistido, tal vez demasiado, en este punto, pero, como se trata de un problema central para la dilucidación de una ontología de la existencia, nos ha parecido de importancia aclarar la verdadera posición de Briceño.

Dejamos otros puntos en que podrían hacerse observaciones similares, v. g. en las págs. 71-73, donde lleva demasiado lejos la facticidad; en la pág. 220, en la Introducción a Quevedo y Villegas, a propósito de la conexión entre este autor y Kant y el fundamento de la moralidad de los actos humanos; asimismo,

sobre libertad y necesidad en la pág. 226; también de la aproximación entre Escoto, Valero y Quevedo y Villegas por una parte, y Kant por otra, que se hace en la Introducción filosófica a Valero (p. 344).

Las Introducciones a Navarrete y José Mañer, no entran tanto en puntos doctrinales y se mantienen más en lo histórico. En la del primero puede apreciarse un interesante excursus sobre filosofía del juego.

Ciertamente, en las Introducciones Sistemáticas hay sugerencias interesantes, expuestas con elegante estilo y agudeza de ingenio. Hubiéramos deseado, por nuestra parte, no hallar los puntos de discrepancia consignados, pues la empresa nos resulta verdaderamente simpática. Pero, en gracia a la sinceridad misma, hemos creído convenientes las acotaciones hechas, con lo cual aprovechamos el espíritu mismo del autor, reflejado en el *Plan de la Introducción*, que se abre con la célebre frase de Heráclito: «El combate es el padre de todas las cosas» y, por tanto, para G. B., también de la filosofía. Sin que queramos reducir todo en filosofía a polémica y problematicidad, creemos en la utilidad del intercambio sincero de puntos de vista, en una «polémica» o «guerra» noble, que debe ser, en frase de G. B., «especialísima guerra sobre especialísimos campos, para obtener una especialísima paz que se llama paz en la Verdad, o verdadera paz» (p. 10).

Demos una breve reseña del material elegido para cada autor. A Briceño se lo disputan, casi con iguales títulos, Chile, su cuna, Lima, donde enseñó y escribió su obra, y Venezuela, tierra en la cual ejerció sus funciones pastorales y murió. Es una de las figuras más notables de la filosofía y teología en la época hispánica americana. Publicó, en dos volúmenes, una obra teológica en la cual intercaló *disertaciones metafísicas*. Título de la obra: *Prima Pars Celebriorum controversiarum in Primum Sententiarum Iohannis Scoti doctoris subtilis, Theologorum facile Principis*. Se publicó en Madrid, en 1638. Briceño nació en 1590. En 1636 florecía como profesor de teología en Lima. En 1644 fué nombrado Obispo de Nicaragua. De allí pasó a Santiago de León y Trujillo, en Venezuela. De su obra precitada ha seleccionado G. B. las disputaciones metafísicas sobre la esencia y existencia creadas, la unidad del ser, identidad y distinción y, particularmente, los tipos de distinción real, donde se trata de la distinción escotista modal.

Fray Agustín de Quevedo y Villegas era descendiente de la ilustre familia de los Quevedo Villegas, a la que perteneció el célebre don Francisco de Quevedo. Debió nacer en Coro (Venezuela) a principios del siglo XVIII, pues sus padres se casaron en esa ciudad en 1697. Se ignora la fecha de su muerte. Escribió allí una obra teológica, comentando al Maestro de las Sentencias, según la mente de Escoto:

Opera theologica super librum primum Sententiarum juxta puriorem mentem Subtilis D[octoris] Joannis Duns Scoti. En cuatro tomos, impresos en Madrid entre 1752 y 1756.

De esta gran obra teológica ha entresacado G. B. algunas discusiones más propiamente filosóficas, pues es sabido que los teólogos escolásticos discutían también temas filosóficos en sus obras teológicas: sobre la bienaventuranza de la creatura racional; de la moralidad de los actos humanos; de la bondad y ma-

licia de los actos humanos; de la tercera especie de moralidad, a saber, de la indiferencia; de los actos internos y externos, ilícitos e imperados; de la conciencia.

Fray Tomás Valero escribió en Tucuy (Venezuela) una *Theologia expositiva in sacrosanctum Evangelium Domini Nostri Jesuchristi secundum Matthaeum*, que viene a ser un comentario al Evangelio, pero con método histórico, consignatorio y escolástico o filosófico. La obra imprimióse en Sevilla, en 1755. G. B. nota, oportunamente, lo significativo que es para la cultura venezolana del período hispánico que al mismo tiempo se imprimieran en Sevilla y en la misma imprenta dos obras teológicas de autores venezolanos, a mediados del siglo XVIII. De Valero se han elegido también temas morales: de la ley en general, sobre el precepto de amar al prójimo y sobre la limosna.

Fray Juan Antonio Navarrete fué profesor de artes, filosofía y sagrada teología, doctor teólogo de la Universidad Primada de las Indias de la Isla de Santo Domingo y pertenecía a la Provincia de la Santa Cruz, Caracas. Tomó el hábito franciscano en 1770. Fué natural de Caracas. Debió morir hacia 1814 (pp. 439-440). Dejó un manuscrito de diecisiete volúmenes in folio, con letra menuda y bien cuidada, y observa G. B. que en el volumen séptimo, conservado en la Biblioteca Nacional, se lee:

«Yo no escribo sino para mi utilidad. Quémese todo después de mi muerte, que es así mi voluntad en este asunto; no el hacerme autor o escritor para otros. Navarrete».

El volumen lleva por título: *Arca de letras y teatro universal (1783)*. La obra tenía carácter enciclopédico, respondiendo al siglo XVIII, que en sus últimos decenios fué de enciclopedia e ilustración. De este volumen séptimo conservado ha elegido G. B. algunos fragmentos: una pieza literaria titulada «Historia Peregrina»; otro el «Juego de la paz y de la guerra»; un ingenioso juego de dados titulado «De la rueda de la fortuna»; un «Auto filosófico teológico» con apreciación; y Miscelánea.

Salvador José Mañer, gaditano, visitó el actual territorio de Venezuela a principios del siglo XVIII y, a su regreso a España, se trenzó en discusiones con el «Filósofo Rancio», Fray Jerónimo Feijóo. De estas controversias publica un extracto sacado del *Antiteatro Crítico*, dirigido contra Fray Jerónimo. Tema elegido: «Sobre la voz del pueblo», en breves páginas.

En total, son varios centenares de páginas de textos traducidas del latín, lo cual permite a los lectores que desconocen esta lengua entrar en contacto con el pensamiento filosófico de nuestra época hispánica. Es un aporte verdaderamente valioso. Los fragmentos elegidos, especialmente en lo que a Briceño, Quevedo y Villegas y Valero se refiere, muestran la robustez de pensamiento, la garra intelectual de aquellos hombres, a quienes a veces miramos con menos aprecio, porque los consideramos encerrados en sus conventos en el ambiente escolástico y teológico. Pero ha mostrado acertadamente G. B. que sus temas son de actualidad.

Por nuestra parte, deseamos terminar con una observación. El estudio de los textos reunidos en este volumen muestra hasta qué punto debemos ser cuidadosos en llamar «decadentes» a los filósofos escolásticos de los siglos XVII

y XVIII. Es de notar que los escolásticos de América no se hallaban en situación inferior a los europeos. Ahora bien, nos resulta difícil entender que un autor como Briceno, que sabe enfocar y conducir una discusión sobre el problema de la esencia y existencia, o el de la individuación, con rigor técnico y pensamiento personal, pueda llamarse «decadente». Si es cierto que aquellos escolásticos se ocuparon de otra temática que ahora carece de interés para nosotros, no es menos cierto que también en la actualidad perdemos a veces tiempo en dilucidar cuestiones que pronto perderán sentido para las generaciones venideras. Tendríamos que inscribir a los autores más nombrados de nuestro tiempo entre los filósofos «decadentes». Lo mismo diríamos de los grandes escolásticos medievales, en cuyos escritos pueden encontrarse cuestiones y aun cávilaciones que ahora nos parecen pueriles. Sin embargo, no eran decadentes, porque el centro de sus preocupaciones eran los problemas vitales del hombre en filosofía y en teología y los sabían estudiar con el rigor científico que entonces estaba en vigencia. Es lo que sucede con los hombres que en América trabajaron dentro de la escolástica. Conocemos en sus obras cuestiones secundarias, inútiles y puras abstracciones. Pero los problemas básicos de la filosofía los tratan a fondo dentro de su propio horizonte. Así no nos atreveremos nunca a llamar decadentes a filósofos y teólogos que han brillado en América, como Fray Alonso de la Vera Cruz y el Padre Antonio Rubio, en México; el grupo de teólogos y filósofos de Lima, Cuzco y Sucre; el Padre Miguel de Viñas en Santiago de Chile; y los filósofos y teólogos del centro cultural cordobés en la Argentina. Ahora G. B. ha sacado a luz el grupo venezolano, que, por cierto, no desdice de sus colegas del resto de América. Como hemos mostrado en otra oportunidad, la filosofía escolástica de la época hispánica en América nos permite tomar el pulso a ese período característico de la escolástica de los siglos XVII y XVIII, y esa sería una de sus interesantes significaciones dentro de la historia de la filosofía en general.

Con la selección de autores venezolanos hecha por el Dr. G. B., aporta Venezuela una contribución de verdadero valor para el estudio de ese período de la cultura en América.

El Primer Congreso Argentino de Psicología

Tucumán-Salta, 13-22 de marzo de 1954

Desde nuestra llegada a San Miguel de Tucumán, en el tren especial de los congresistas, que partió de Buenos Aires, recibimos ya la impresión de que estábamos ante una iniciativa nacional de extraordinarias proporciones, gracias a la organización prolija, amplia y eficiente, que había estado preparando el primer Congreso Argentino de Psicología. Nuestro primer contacto con los hombres, con la Universidad de Tucumán y con el ambiente en que se nos recibía, no podía menos de persuadirnos de la seriedad y de la fuerza de voluntad y de la inteligencia organizadora que había presidido la idea, la preparación y estaba dando impulso a la realización misma del Congreso.

Al recibir las primeras noticias, hace apenas dos años, no dudamos de que la iniciativa se llevaría a cabo eficientemente, como un aporte valioso para la cultura nacional. Pero no esperábamos que las dificultades anejas a una empresa de tal magnitud y complejidad habían de ser previstas y superadas tan brillantemente. La iniciativa resultaba extraordinariamente simpática. Su originalidad hablaba en favor de los que, por primera vez, habían pensado en la oportunidad de celebrar en nuestro país un congreso de psicología. A la originalidad se unía la actualidad. Tenían los organizadores el mérito indiscutible de haber captado la onda del interés creciente que la psicología está adquiriendo en el mundo científico y en la vida práctica individual y social. Será siempre un mérito relevante en el haber de la Universidad Nacional de Tucumán haber dado cuerpo a esta idea, que flotaba vagamente en las instituciones científicas de la Nación. Ello es una muestra de la vitalidad intelectual que anima al cuerpo de profesores y a las autoridades de la Universidad norteña, y constituye una muestra de la vitalidad espiritual que anima interiormente la cultura de las provincias.

Hemos hablado de la magnitud y complejidad de la empresa, pero queremos llamar la atención sobre el hecho de que los organizadores no se amedrentaron ante las dificultades, antes bien, parecen haberse inclinado a las realizaciones arduas, en busca del éxito pleno de su iniciativa. Cuando los congresistas llegamos a la Ciudad Universitaria, y contemplamos el milagro realizado de